

CESEDEN

ESTRATEGIA NACIONAL NORTEAMERICANA

- Por Robert J. Hanks, Contralmirante U.S. Navy (retirado).
- De la Revista Proceedings 105/4/914.

Junio-Julio, 1979

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 128-IV

Nada provoca mayor temor en el corazón de un marino que encontrarse a la deriva en aguas no cartografiadas. Otro caso similar es intentar sortear aguas peligrosas, con cartas adecuadas a bordo, pero con un navegante no cualificado calculando el rumbo. La presente planificación y ejecución de la Política de Seguridad Nacional tiene riesgos similares para el Buque del Estado Americano.

Esta política está claramente fragmentada no sólo en su formulación sino también en su ejecución. Demasiados órganos y departamentos gubernamentales tratan de imponer puntos de vista parciales, buscando raramente el verdadero Interés Nacional. Para empeorar aún más la situación hay gran incredulidad por parte aliada en muchos asuntos. Sus gobiernos a menudo aseguran necesitar dos embajadores en Washington: Uno acreditado a la rama ejecutiva del gobierno y otro en Capitol Hill.

Como resultado de las circunstancias anteriores, los problemas exteriores se enfocan de una forma parcial. Posibles soluciones se desvían por presiones, extranjeras e internas, las cuales frecuentemente no benefician los intereses globales norteamericanos. Estos apremios incluyen a menudo peticiones de acción inmediata sin tener en cuenta las consecuencias a largo plazo que tal acción finalmente producirá. No es necesario decir que estas políticas, ideadas y ejecutadas de esta manera, van en contra del bienestar futuro del país, tanto en el contexto regional como en el global. Aunque es indiscutible que los Estados Unidos aún son el líder del mundo libre, no hay una estrategia nacional coherente y claramente articulada. Los amigos y enemigos son cada día mas conscientes de que sus políticas internacionales toman formas variables.

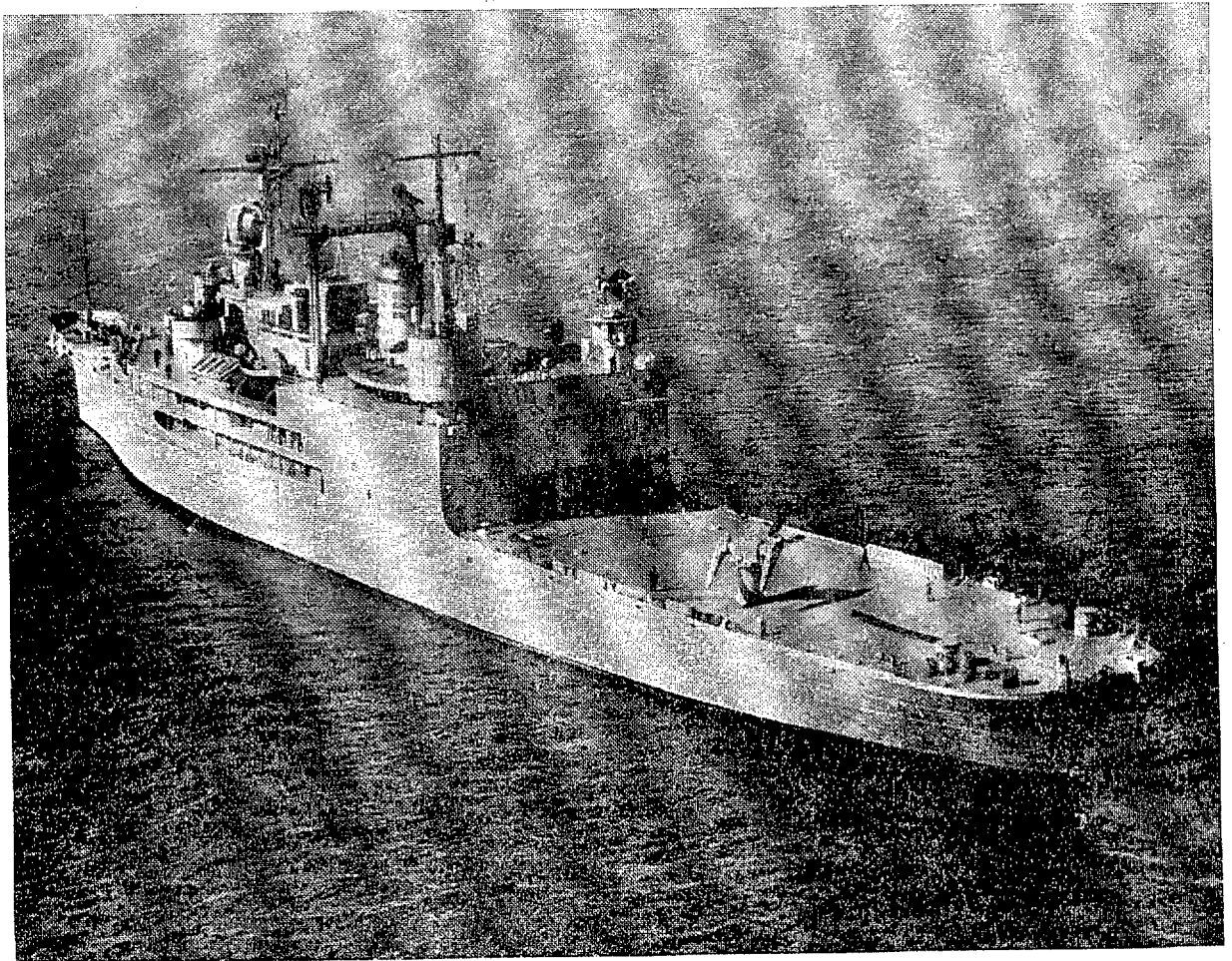
La llamada Estrategia Nacional es un conglomerado de iniciativas y respuestas poco coherentes, pobremente analizadas y generalmente fuera del contexto cambiante del mundo. Actualmente esta estrategia se concentra exclusivamente en la Organización del Tratado del Atlántico Norte y especialmente en Centro Europa. La visión estratégica es tan estrecha que se observa un serio abandono de sus flancos vulnerables.

Existe la creencia de que el mundo estará seguro, siempre que se pueda disuadir a la Unión Soviética de lanzar sus Divisiones Acorazadas a través del Norte de Alemania. Esto explica el abandono de Corea, Filipinas, del Norte de Africa y de otras partes del Globo, y la reducción de la capacidad de las Fuerzas Armadas Norteamericanas con respecto a las soviéticas. El origen de estas políticas se encuentra en el intento de economizar en los gastos de defensa de la Nación, con el objeto de asignar los fondos sobrantes a otras partidas del presupuesto, y ésto se hace, a pesar de la proximidad de una tormenta en política internacional.

El gobierno de los Estados Unidos debería realizar un análisis directo del actual entorno internacional, renunciando a las concepciones previas. Este examen nos revelaría la medida en que el mundo se ha transformado en los últimos años. Desde el punto de vista norteamericano la transformación más importante consiste en que los Estados Unidos no son ya la nación más poderosa del mundo. En el plano militar la Unión Soviética ha superado ya a los Estados Unidos en muchos aspectos, y está en camino de hacerlo en las restantes. La curva descendente comenzó con la desaparición del monopolio nuclear americano en 1949, desde entonces la Unión Soviética se ha esforzado en superar su inferioridad inicial. En la actualidad, perdida la superioridad nuclear estratégica por los Estados Unidos, existe el peligro de que la Unión Soviética ocupe el primer puesto en este terreno. Esta posibilidad se percibe ya a nivel mundial. Su consecuencia mas desastrosa sería la perdida de credibilidad e influencia de los Estados Unidos tanto entre aliados como entre enemigos. Además, el miedo a la devastación nuclear inmovilizaría a Washington de cara a los problemas en que su supervivencia nacional estuviese directamente amenazada.

También se ha perdido la superioridad nuclear táctica. Las 7.000 armas tácticas nucleares desplegadas en Europa no son ya una barrera frente a una agresión del Pacto de Varsovia. En contra de las dudas de algunos Secretarios de Defensa, las armas nucleares estratégicas y tácticas han estado siempre estrechamente relacionadas. Dada la ausencia de una línea divisoria clara, la superioridad en el campo estratégico confiere

aútomáticamente una similar superioridad global. Además el arsenal táctico soviético es impresionante. Hay que añadir, que desde la masiva desmovilización aliada posterior a la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y sus aliados europeos han estado en condiciones de igualar las enormes fuerzas de tierra y aire de la Unión Soviética y de sus esbirros del Pacto de Varsovia.



Los Estados Unidos han perdido también la superioridad marítima global. La Armada y las flotas mercante, oceanográfica y de pesca soviéticas son las mas modernas y numerosas del mundo. Lo mismo ha ocurrido con la superioridad naval. Norteamérica sólo mantiene su ventaja en portaviones y fuerzas anfibas, pero incluso en este terreno las tendencias actuales son bastante desfavorables. La capacidad anfibia soviética esta creciendo a gran velocidad, y Moscú ha iniciado la construcción de portaviones, aunque es necesario reconocer que son técnicamente inferiores a los norteamericanos.

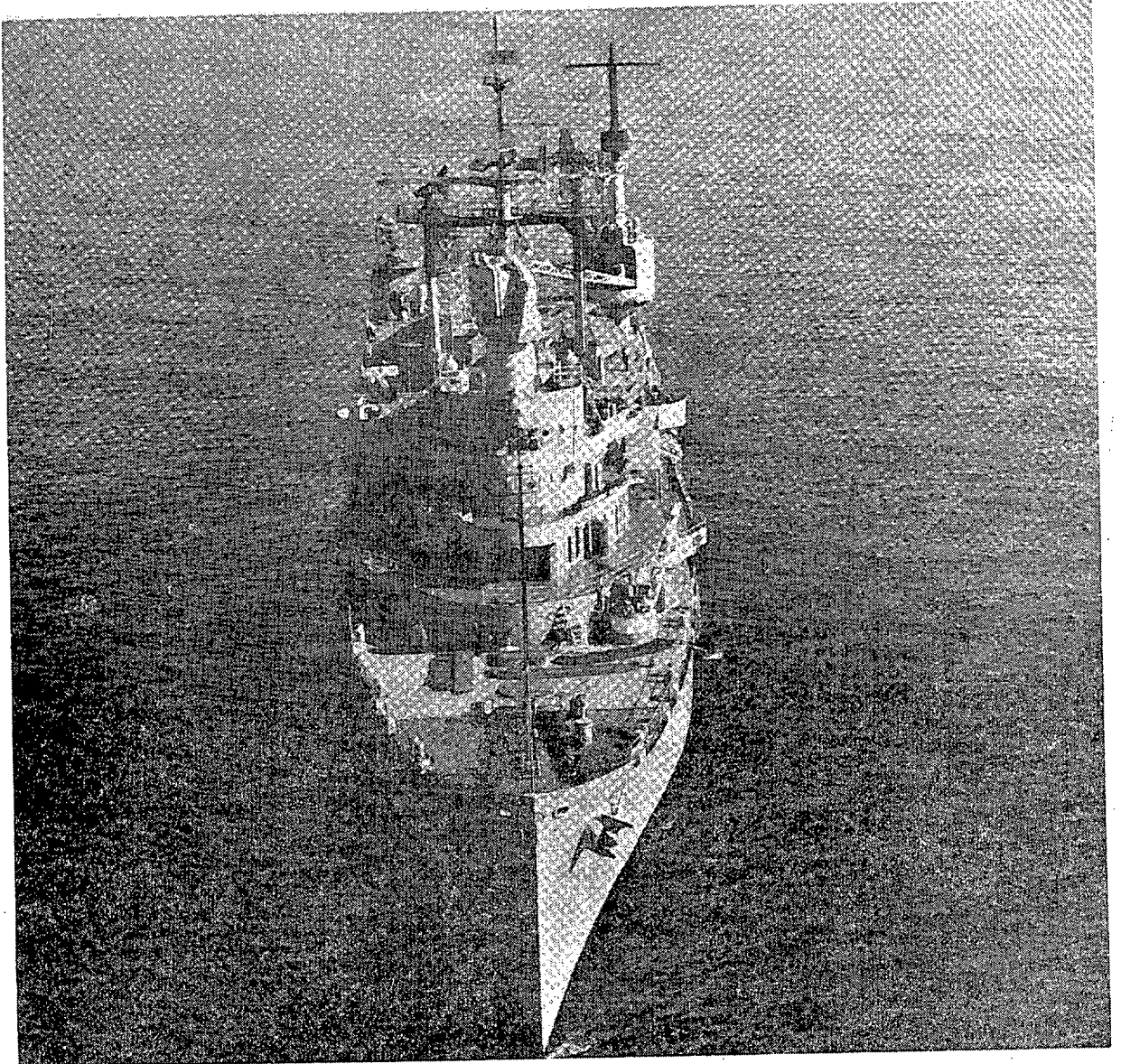
Si a esto añadimos la falta de confianza en el poder y en la voluntad de los Estados Unidos, la situación se vuelve aun más inquietante. La Guerra de Vietnam y los recientes acontecimientos en Angola y en el Cuerno de Africa han convencido a los aliados y amigos de los Estados Unidos de que no se puede contar con éstos para oponerse a las incursiones soviéticas, cuando su supervivencia nacional no está directamente amenazada. Esta opinión predomina hoy en Japón, Taiwan, Corea y parte de Sudamerica y está tomando importancia en Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Africa y Europa Occidental.

Las transformaciones del poder militar y diplomático de los Estados Unidos, deben ser relacionadas con los cambios que también ha habido en el entorno político internacional. La mayor parte de los nuevos alineamientos, recientemente surgidos, no han recibido atención suficiente por parte del gobierno norteamericano. La liquidación del colonialismo y el surgimiento del Tercer Mundo han alterado la faz geopolítica de la tierra. Las naciones occidentales han perdido la influencia de que antaño disfrutaban. El mejor ejemplo nos lo proporciona Gran Bretaña con la pérdida de su imperio colonial y con el declive de la Royal Navy.

Al mismo tiempo han surgido nuevos centros de poder regional, en su vertiente militar y económica, y se ha observado un cambio en la actitud de algunas naciones. Como ejemplo, se puede citar el reforzamiento de la posición política de China Continental, y la alteración de la de Japón, Filipinas, Indochina y Taiwan. La intervención cubana en Angola y Etiopía ha modificado la faz política de Africa. Finalmente, la dependencia de las naciones industrializadas de las materias primas importadas de los países del Tercer Mundo, han favorecido los cambios políticos y económicos. El mejor ejemplo lo protagoniza el petróleo.

No obstante, a pesar de estos cambios, permanecen una serie de principios que aún son aplicables a los Estados Unidos. El primero es de tipo geográfico. Aunque ubicados en un continente, los Estados Unidos son de hecho una nación insular. Ya los primeros colonos miraban hacia el mar en busca de ayuda; entonces era por necesidad de alimentos, herramientas y ropa, hoy para importar las materias primas necesarias para el funcionamiento de la economía. También es importante mantener el acceso a los mercados, que proporcionan las divisas necesarias, y poder contar con la ayuda de los aliados. Por desgracia en los Estados Unidos no se reconoce siempre esta dependencia del mar.

El embargo petrolífero de 1973-74, provocado por la Cuarta Guerra Árabe-Israelí debía de haber servido como lección al pueblo americano, no obstante, las cifras del consumo petrolífero anual cinco años después demuestran lo contrario. Aun menos atención se presta a otras



materias primas, que son solamente algo menos críticas para el bienestar industrial y económico de la nación. Estas también proceden en su mayor parte de ultramar.

La situación descrita debería bastar para preocupar a cualquier responsable de la Seguridad Nacional Norteamericana. No obstante, para fijar adecuadamente las necesidades de la estrategia nacional, deberá tener en cuenta el desafío lanzado por la Unión Soviética. En la pasada década Occidente prestó atención al crecimiento espectacular de la Marina Soviética bajo la dirección del Almirante Sergei G. Gorshkov. Al mismo tiempo la Unión Soviética dirigió una campaña político-marítima, cuyo desarrollo nos sugiere que los líderes del Kremlin conocen la obra de Alfred Thayer Mahan, y la historia del Imperio Británico. Por desgracia estos esfuerzos han producido a los soviéticos beneficios, que han sido ignorados en Occidente. Uno se acuerda de los viejos libros de geografía, en los cuales las posesiones del Imperio Británico aparecían en color rojo o rosa. Todo estrecho o vía marítima estaba en manos o bajo protección británica, hoy pasa casi inadvertido el hecho de que la mayor parte de estas posesiones están controladas por la Unión Soviética.

Carece de interés saber si los líderes del Kremlin han estudiado o no los trabajos de Mahan y la historia del Imperio Británico. Sin embargo, toda nación dependiente del libre uso de los mares, debe de ser consciente de que se están llevando a practica dichas lecciones. Gran Bretaña aprendió pronto que el dominio de los estrechos traía consigo dos ventajas; por un lado este control salvaguarda el comercio marítimo de la nación que lo ejerce, y por otro, le permite regular el tráfico de cualquier otro país. Nadie entendió mejor este hecho que Gran Bretaña. En la actualidad, la Unión Soviética parece haber asimilado la lección. Para comprobar ésto basta con examinar un mapa mundial.

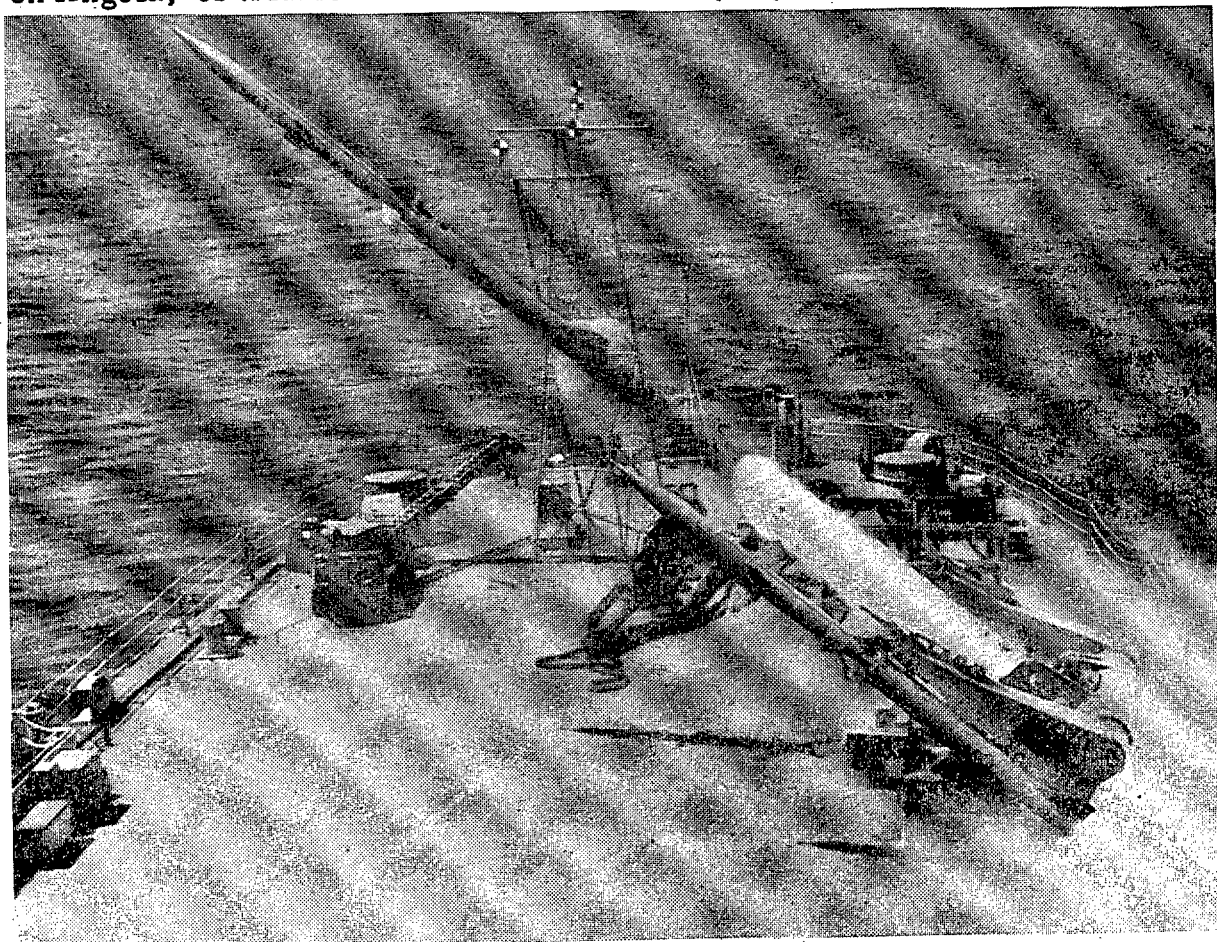
Si nos centramos en el Mar Caribe, destaca en primer lugar la influencia soviética en Cuba. Partiendo de la Habana y Cienfuegos los buques de guerra y la aviación naval soviética operan en el Caribe, en el Golfo de Mejico y en general en todo el Océano Atlántico. Haciendo etapas desde bases navales del Norte hasta los puertos cubanos, estos buques y aviones, cruzan todas las rutas de navegación principal del Atlántico Norte, y recorren la totalidad de la costa Este de los Estados Unidos.

Lo mismo ocurre en el litoral africano, donde los soviéticos operan desde puertos y aeropuertos de Guinea, Congo y Angola. Las actividades soviéticas de tipo diverso, que han conducido a este estado de cosas, son bien conocidas.

Dibujando las líneas, que unen el Cabo Norte con Cuba y con la costa Oeste africana, se ven los avances marítimos soviéticos en toda su



magnitud. El resultado no puede ser mas desalentador. Estas líneas cortan todas las rutas de navegación del Atlántico y del Caribe, es decir, aquellas que unen los Estados Unidos con Europa Occidental, el Canal de Panamá, Sudamerica y el Océano Indico. La intervención ruso-cubana en Angola, el triunfo marxista en Mozambique y las aspiraciones soviéti-



cas en Rodesia y Sudáfrica nos sugieren que la Unión Soviética está interesada en el Cabo de Buena Esperanza. (No es necesario destacar la importancia que tiene para el tráfico del petróleo internacional). La posibilidad, de que buques de superficie, submarinos y aviones soviéticos operen algún día desde Cape Town y desde la base de Simonstown, es muy preocupante. Además, esta situación vendría acompañada por la prohibición a los Estados Unidos y a otras naciones occidentales del acceso naval a los puertos situados entre Monrovia en Africa Occidental y Mombasa en Africa Oriental. La consecuencia sería que 5.000 millas de la principal ruta del petróleo de Oriente Medio quedarían bajo el control soviético.



No hay que olvidar que El Bab el Mandeb, el estrecho de Ormuz, las Islas Maldivas y el sudeste de Asia, se encuentran ya bajo su tutela.

En el Pacífico, las posibilidades de Moscú son menores, aunque se nota su presencia. La Unión Soviética ha apoyado siempre a las fuerzas subversivas de Malasia y Filipinas y últimamente centra su atención en Samoa y Tonga. (Estas islas, recientemente independizadas, se encuentran entre los Estados Unidos y Australasia). De igual modo dedica una ayuda masiva a Perú, nación de gran importancia estratégica para el dominio de las rutas que enlazan el Este del Pacífico de Norte a Sur.

Los soviéticos han tenido también algunos fracasos, sin embargo, no se puede afirmar que sus esfuerzos estuviesen exclusivamente dirigidos a asegurar su hegemonía marítima global. Indonesia, Corea, Malasia, Filipinas, Egipto y Somalia tuvieron una importancia crucial en el dominio británico de las rutas marítimas globales.

Si observamos en un mapa los avances soviéticos, y tomamos en cuenta el fuerte incremento de su potencia naval, se hace patente la existencia de un desafío, que no debe de ser ignorado, y por desgracia ésto es lo que ocurre en los Estados Unidos.

Dada la creciente dependencia de los Estados Unidos del resto del Mundo, y el desafío marítimo lanzado por la Unión Soviética, hay que mirar el futuro con preocupación. Sería contradictorio que los Estados Unidos, que son una nación insular por su dependencia de las importaciones procedentes de ultramar, no tuviesen una estrategia marítima. Además el gobierno norteamericano debería conocer las necesidades reales de la Seguridad Nacional. El que ésto no ocurra, es un hecho lamentable.

El problema fundamental de toda administración es la limitación de los recursos, por tanto los fondos disponibles no deberían ser derrochados en la búsqueda de la seguridad absoluta, ya que éste es un objetivo inalcanzable. Habría que fijar unas prioridades, que asegurasen la canalización de los efectivos a las inversiones militares más adecuadas para garantizar la seguridad futura de la Nación. El problema principal es que las actuales prioridades norteamericanas son erróneas.

La situación actual de los Estados Unidos, puede ser comparada con la del Reino Unido antes de la Segunda Guerra Mundial. Inglaterra no hubiera podido sobrevivir sin tener asegurado el acceso a los recursos,

mercados y aliados de ultramar. La Nación Norteamericana se encuentra hoy en circunstancias muy similares.

Sin embargo, la reflexión estratégica se concentra hoy en Centro Europa, y mas concretamente en la parte central de la OTAN. Se ignoran factores básicos, que exigen la adopción de una estrategia marítima Nacional.

Es necesario ejercer el control de los mares, para asegurar el funcionamiento de la economía americana. A su vez, es de vital importancia tener abierto el acceso a la ayuda material y humana de los aliados de ultramar. Sin ésta, los Estados Unidos no podrían oponerse a las aspiraciones soviéticas.

Una estrategia marítima satisfactoria exige la existencia de una moderna marina de guerra, que asegure el libre uso de los mares. A su vez, es necesario contar con una flota mercante eficaz y con una base industrial sólida.

Los críticos afirman a menudo que la potencia militar servirá de poco, si la nación se arruina a causa de gastos excesivos en la defensa. No se puede discutir esta afirmación con imparcialidad, pero estos críticos olvidan que la economía nacional entraría en crisis, si no se dispusiera de la potencia naval suficiente para garantizar el libre uso de los mares.

No obstante, a pesar de estas evidencias, Washington presta poca atención al mar. La flota mercante norteamericana transporta solo el 6% del comercio Nacional. Esto deja a los Estados Unidos a merced de los caprichos políticos de las naciones en cuyos barcos viaja el 94% restante. A éste hay que añadir, que incluso los aliados más leales persiguen en primer lugar sus propios intereses. Durante la Guerra de 1973 en Oriente Medio, los aliados europeos cerraron sus puertos y denegaron el derecho de sobrevuelo a los Estados Unidos, que estaban aprovisionando a Israel. La razón fue el temor a una restricción en el suministro petrolífero.

En lo que respecta a las fuerzas navales, la armada de los Estados Unidos no ha sido nunca tan poco numerosa desde 1930. Naturalmente, el número de unidades no es el único factor que determina la potencia naval, no obstante tiene bastante importancia, dado que las distancias transoceánicas no se han reducido, y que los buques no pueden estar en dos lugares a un mismo tiempo. Sin tener en cuenta la enorme cantidad de em-

barcaciones menores soviéticas, y ciñéndonos exclusivamente a las unidades de mayor importancia (portaviones, acorazados, cruceros, destructores, fragatas y submarinos de ataque), los números son los siguientes. En 1940 la armada de los Estados Unidos contaba con 253 unidades y en la actualidad sólo totaliza 245. El número de buques soviéticos es de 560. Si no contabilizamos los submarinos, los números respectivos son 197, 168 y 300. Lo más grave es que la Unión Soviética, que es una potencia terrestre, posee una armada el doble de numerosa que la de los Estados Unidos. Además Norteamérica ya no cuenta con el apoyo de una poderosa Royal Navy.

Estando cerca la década de los 80, es necesario decir varias cosas sobre el futuro de esta nación. Habrá que formular una estrategia nacional. Esta deberá ser marítima dado el carácter insular de Norteamérica. Los Estados Unidos no pueden olvidar sus 200 años de tradición marítima. Sería una locura combatir al enemigo en su propio terreno, por lo tanto no se debe perder la superioridad naval a favor de la Unión Soviética, ni tratar de superar a esta en fuerzas terrestres.

De cualquier modo, si el gobierno norteamericano no vuelve su atención al mar antes de que sea demasiado tarde, podría ser el fin de la Nación. No podría ocurrir una tragedia mayor.

ooo  
ooo  
o